

EL REENCUENTRO

Era noche de Halloween. Ya sé qué te estarás imaginando, que es la típica historieta de miedo. No, dame tiempo para explicarte y verás.

Habíamos quedado un grupo de amigos, unos de Madrid, otros de Málaga y otros de Tarragona. Para no abusar de los kilómetros quedamos en un término intermedio. El pueblo, si es que puede llamarse así, estaba a cuatro kilómetros de donde alquilamos la casa, en medio de un campo de olivos.

Por la noche todos nos disfrazamos y preparamos la casa terroríficamente divertida. En el patio había unos columpios. En un momento de la noche nos montamos las chicas, la luz se fue, gritamos divertidas pensando que era una broma de los chicos. Volvió la luz, pero una de mis amigas no estaba en el columpio, la llamamos y lo único que pasó es que se apagó de nuevo la luz. Al volver, otra amiga también había desaparecido. Entre risas, comenzamos a buscarlas, no estaban. En la puerta de la entrada encontramos partes de sus disfraces.

¡La luz! Otra vez se fue, la broma empezaba a no gustar y nos empezamos a preocupar... Al encenderse, otra había desaparecido. No podía ser, me asomé al patio, los columpios se movían a toda velocidad, sin embargo, no hacía aire. Alguien me susurró en el oído unas palabras que me helaron la sangre: -¡No quedará nadie vivo!-

Grité, corrí, entré en la casa sin aliento, llamé a los chicos. Nadie me contestaba, busqué por las habitaciones, tampoco había nadie. Salí de la casa corriendo y me fui a la carretera dispuesta a parar a cualquier coche que pasara. Justo vi unas luces que se acercaban a lo lejos. ¡Un coche! Salté, moví las manos, casi me arrojé sobre el capó para que parase. Cuando lo hice, vi que era un matrimonio de ancianos.

Les expliqué lo que me había pasado, ellos rieron y se miraron. Les pedí que me llevaran al pueblo, a la comisaría. De pronto, me invadió un sueño extraño, no podía abrir los ojos, me pesaban. No tenía fuerzas en las manos, los sonidos que escuchaba eran lejanos..., pero hubo una frase que me despertó. La mujer se giró y me dijo: -Te avisé, no quedará nadie vivo-.

Intenté correr, abrir las puertas, pero no podía. ¿Qué me estaba pasando? El coche paró en medio del campo, solo había un granero y un pozo. Me sacaron a rastras y me llevaron al granero donde estaban mis amigos atados en cruz. Me miraban con ojos de pánico. Y entendí que había llegado el fin.

Todo giraba en mi cabeza, no entendía el porqué. Los ancianos abrieron una puerta y nos enseñaron lo que ellos denominaron su gran obra de arte. ¡Tenían un teatro de marionetas humanas!

Se pavonearon y nos dijeron cómo nos romperían todas las articulaciones, como nos meterían tornillos y cuerdas en el cuerpo, y cómo nos mantendrían vivos suministrándonos sueros. Vi cómo uno a uno se lo hacían a mis amigos, cómo le crujían los huesos, como los atravesaban.

Y me tocó a mí. Dolor, pánico, horror... No puedo definir lo que sentí, quizás sería mejor que os lo representara. Para eso soy una marioneta humana.



Claudia Arrabalí Briones